

## **Proyecto para una ciudad que no tiene ninguno**

**Alfredo Acle Tomasini**

Cuando escogemos una ciudad para vivir, la seleccionamos también para morir. Nuestros planes en ella se hacen tan largos como lo que imaginamos podría durar nuestra vida entera. Queremos por tanto contar con el mayor grado de certidumbre y la perspectiva más amplia para tomar decisiones trascendentes para el bienestar de nuestra familia: en dónde vivir; en dónde trabajar; en cuáles escuelas inscribir a los hijos, cómo transportarse, en dónde establecer un patrimonio, etc.

Pero mientras que el capitalino piensa en el mediano y largo plazo, quienes la gobiernan y quienes legislan tienen un horizonte que no va más allá de las siguientes elecciones; el jefe de gobierno quiere ser presidente; el diputado local, diputado federal; el delegado, diputado local; los secretarios, jefe de gobierno, y así todas las combinaciones que nos vengan a la mente.

En poco menos de un año estaremos viendo el cíclico espectáculo de renunciadas y reacomodos. Y los que apenas unos años antes juraban con pasión su compromiso para ejercer un cargo público, olvidarán su promesa y lo abandonarán de manera prematura en búsqueda de otro nuevo, que los mantenga colgados de alguna teta presupuestal.

Así, no extraña que la Ciudad de México, y más aún su área metropolitana, no cuente con un proyecto a mediano y largo plazo, ni tampoco que las acciones de los sucesivos gobiernos tengan como referencia los intereses políticos del gobernante en turno, por lo que al verlas a través del tiempo, resulta prácticamente imposible encontrar un hilo conductor que las vincule. Basta mencionar que en materia de transporte y vialidad hay una larguísima colección de ocurrencias, visiones inconclusas, parches, proyectos inacabados y, desde luego, evidencias fehacientes de que si hay algo infinito en este mundo es la estupidez humana.

Hoy estamos peor que hace cuatro años y no se diga diez o veinte. La gravedad de nuestros problemas aumenta de manera crónica; quizá a veces imperceptible, pero implacable. Nos acostumbramos a ellos, nos resignamos a padecerlos, pero eso no los aminora. Si definimos calidad de vida en su sentido más amplio, para incluir en este concepto no sólo cuestiones ambientales sino otros elementos como la seguridad física y patrimonial, el pleno ejercicio de la libertad tránsito, la facilidad de movimiento con un mínima inversión de tiempo, la disponibilidad de servicios públicos, la certidumbre para planear nuestra vida diaria. ¿Quién puede afirmar que hoy día el capitalino tiene una mejor calidad de vida a la que tenía hace cinco o diez años?; ¿Quién puede convencernos que las necesidades por resolver y las deudas que pesan sobre los capitalinos son hoy día menores?

La ciudad de México es por su magnitud una de las más importantes. Pero eso no la hace una de las más avanzadas. Con envidia observamos lo que ocurre en otras urbes de tamaño similar: su visión de largo plazo, su terquedad por mejorar sus estándares ambientales, la forma integral como encaran sus problemas, la participación de los ciudadanos, y

sobretudo, la forma como han aprendido de sus propios errores que, increíblemente, nosotros estamos repitiendo con esmero. Por ejemplo, en otras ciudades se ha reconocido que la solución de fondo a los problemas de circulación radica en desincentivar el uso del automóvil y reorganizar e invertir en el transporte público; que la construcción de puentes y pasos elevados deteriora la calidad de las zonas aledañas; que este tipo de obras crean nuevos riesgos que deben preverse por lo que sólo se erigen en zonas abiertas y con anchos acotamientos; que debe prohibirse el uso de la obra y servicios públicos para fines políticos porque esto tuerce el destino del dinero público y lo convierte, de facto, en fuente de financiamiento de campañas políticas y caprichos personales, cuyos costos trascienden por generaciones a sus efímeros protagonistas.

Es incuestionable que sin un proyecto que afronte con realismo la situación actual del área metropolitana de la Ciudad de México y plantee soluciones de fondo, el deterioro de la calidad de vida de sus habitantes seguirá descendiendo inexorablemente. Y en este esfuerzo la sociedad civil debe ser protagonista. Por tanto, la reforma política del Distrito Federal debe establecer fórmulas para lograr que los intereses de la ciudadanía prevalezcan sobre los de sus representantes. La democracia no está en elegirlos, sino en asegurar que actúen para el bien público.